

El golfista y el peregrino

Un pequeño cuaderno en ocho estaciones



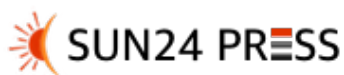
Jack O'Roof

EL GOLFISTA Y EL PEREGRINO

JACK O'ROOF

© Jack O'Roof

Primera edición publicada en septiembre de 2026 por:



Sun24 Press
PO Box 10 13 45
80087 Munich
Alemania

www.sun24.press
news@sun24.press

I

El golfista se detiene ante el armario y elige el uniforme del día. Zapatos de cuero suave que jamás han conocido un camino de verdad, una camisa cuyo cuello permanecerá perfecto hasta la noche, un cinturón que combina porque combinar, en su mundo, es una especie de virtud. La bolsa espera en el pasillo, catorce palos en sus lechos numerados, cada uno una pequeña promesa de que la tierra puede golpearse y obligarse a obedecer. La casa está en silencio. El día ya ha sido reservado, pagado y amablemente requerido para que cumpla.

El peregrino se sienta en un taburete bajo y se pone botas que recuerdan otras mañanas. El cuero está oscurecido por el tiempo, las suelas gastadas en la forma de su andar. Ata los cordones sin ceremonia. Lo que lleva es poco: agua, pan, un bastón que solo es un bastón. Nada en el hatillo está numerado. El día no ha sido reservado. Simplemente espera detrás de la puerta.

II

El golfista cierra el maletero con un sonido que es a la vez caro y definitivo, como si incluso la partida debiera tener buenos modales. Los palos yacen en espuma y orden. Conduce por carreteras que lo conocen, pasa puertas que se abren porque se les ha dicho que se abran, y porque él pertenece a esa clase de mañana que las puertas reconocen. El campo aparece exactamente donde el mapa dijo que estaría: un verde brillante y obediente, obstáculos de

agua puestos como decoración, bunkers rastrillados hasta la cortesía. La naturaleza, aquí, ha sido editada – y se cobra el privilegio.

El peregrino pisa la senda y no mira atrás. Un seto, un perro, un campo aún húmedo de la noche. El camino no se abre para él. No lo reconoce. Solo continúa, a veces claro, a veces casi perdido en la hierba. Entra en un mundo que no ha sido segado para su llegada.

III

En el primer tee el golfista hace el swing de práctica, un gesto más ritual que necesidad, interpretado para un público de uno que se impresiona con facilidad. La bola reposa en su pequeño trono, blanca y cierta. La interpela como se interpela una cita ya confirmada. Cuando golpea, el sonido es limpio. La calle recibe la bola como si la hubiera estado esperando, que, en cierto modo, es lo que ha hecho. Se mide la distancia. La mañana ya se está volviendo un número, que es como esta mañana particular prefiere ser amada.

El peregrino llega a un lugar donde dos árboles se inclinan el uno hacia el otro y el paso se estrecha. No hay trono para el siguiente paso. Solo hay suelo: raíz, piedra, un trozo de barro que tomará la huella de su bota y la guardará. No mide la primera hora. Solo advierte que se mueve, y que el aire tiene sabor.

IV

En los hoyos del medio el golfista camina un paisaje al que se le han enseñado buenos modales y al que luego se ha felicitado por haberlos aprendido. Hierba de una altura, luego de otra. Árboles plantados donde enmarcarán el golpe. Un lago que existe para castigar al impreciso, y para parecer caro mientras lo hace. Habla poco. El juego es una conversación consigo mismo en la que cada frase debe caer cerca de la bandera. Un carrito espera si las piernas se cansan: una amabilidad que el campo reserva a quienes pueden permitirse no caminar. El sol se considera sobre todo como luz para la bola.

El peregrino cruza una ladera a la que no se ha consultado el viento. La hierba tiene la altura que eligió. Los árboles están donde crecieron. Cuando aparece el agua es un arroyo, no un obstáculo; bebe de las manos y se las limpia en el pantalón. Sus piernas son el único carrito. El sol no ilumina un blanco. Está simplemente en su nuca, y él está en él.

V

Un bunker se queda con la bola del golfista, como están diseñados para hacer los bunkers: un pequeño percance bien rastrillado, programado de antemano. Baja a la arena pálida y perfecta, que nunca ha sido una playa y se ofendería con la comparación. La posición es incómoda. Sale de ella con la atención grave de un hombre que corrige una errata en un libro mayor por lo demás excelente. Cuando la

bola vuelve a estar libre, algo en él se aquieta. El orden ha sido restaurado. El campo, habiéndose portado mal un instante, queda perdonado.

La lluvia encuentra al peregrino en un tramo abierto, sin más abrigo que un muro. Se queda bajo el goteo de la piedra y espera, o no espera, y luego sigue con los hombros mojados. El camino se oscurece y brilla. Nada se restaura, porque nada estaba dispuesto. El día solo está más húmedo que antes, y él sigue dentro, y eso basta.

VI

En el green el golfista lee la pendiente como se lee un contrato, buscando la cláusula que lo salve. Grano, quiebre, velocidad. Hace el putt. La bola vacila y cae con ese pequeño sonido civilizado para el que se construyó el hoyo. Se anota un número, con limpieza, como si la limpieza fuera lo mismo que el sentido. La ronda adquiere su significado a lápiz. No se ha limitado a caminar; ha rendido cuentas de sí mismo, que es la única forma de caminar en la que este lugar confía del todo.

El peregrino se detiene donde el camino encuentra un alto y el país se abre. No escribe nada. El día no tiene tarjeta. Lo que ha hecho es solo esto: poner un pie delante del otro a través de un mundo que no pidió ser jugado. Mira un rato lo que hay. Luego mira el siguiente trozo de suelo y sigue.

VII

El dieciocho lo recibe cuando la tarde empieza a pensar en sillones de cuero. Cae el último putt. Se quita la gorra con un gesto a la vez modesto y esperado, esa clase de modestia que se ha ensayado en el espejo. Los números ya se saben. El campo, ya, se prepara para el siguiente hombre que llegará con catorce palos y una reserva, y que también creará haber estado en alguna parte. El club espera, luminoso y cerrado, un puerto para quienes han terminado un viaje que nunca salió del recinto.

El peregrino llega al crepúsculo a un edificio sencillo al borde de un pueblo. No es un club. Es una habitación con una mesa, un banco, pan y una ventana que da al mismo camino que ha venido andando, ahora casi oscuro. Apoya el bastón contra la pared. Los pies le duelen del modo ordinario en que duelen los pies que han sido usados. Nadie prepara el camino para mañana. Mañana será el camino, o no lo será.

VIII

Dentro, el golfista habla con radicales de salón de casi aciertos y botes afortunados. La conversación tiene el calor del cotilleo y la temperatura de la sala. Es decir: habla de sí mismo en el dialecto más seguro de que dispone. Se sirve un líquido ámbar. Las ventanas miran un verde tan perfecto que apenas se parece a la tierra, y a nadie parece importarle que el parecido falle. Alguien menciona la hora de salida de la semana que viene. El mundo es, por un momen-

to, de plástico, agradable y completo: una totalidad que habrá que volver a reservar.

Dentro, el peregrino come sin prisa. Pasan unas pocas palabras, o ninguna. Afuera, el camino sigue más allá de la última casa, sin marca, sin reserva, todavía él mismo. No habla de lo que ha dejado ni de lo que espera encontrar. Solo se sienta el tiempo suficiente para estar quieto. Luego, porque esa es la naturaleza de su día, se pondrá otra vez de pie, y el mundo sin editar estará esperando.

X

Por la mañana el golfista abre otra vez el armario.
El peregrino ata las botas.

El campo está listo.
El camino no.

Es hora de irse.